ESTUDIOS CLÁSICOS

bordón

9

ESTUDIOS CLASICOS

ANEJO DE

BORDON

PUBLICADO POR EL INSTITUTO «SAN JOSÉ DE CALASANZ» DE PEDAGOGÍA

TOMO II — MAYO DE 1953 — NÚM. 9

COMITE DE REDACCION: JULIO CALONGE, MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO, ANTONIO FONTÁN, EDUARDO GARCÍA DE DIEGO, ANTONIO MAGARIÑOS, FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS Y EDUARDO VALENTÍ.

SUMARIO

Págs.

NOTAS DE LA REDACCIÓN ... 59

VALENTÍ FIOL, E., *Los sistemas de calificación en la Enseñanza Media* ... 62

FERNÁNDEZ-GALIANO, M., *Lisias y su tiempo* (continuará) ... 71

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA, por A. RUIZ DE ELVIRA, M. F. G., F. R. A. ... 83

INFORMACIÓN ACADÉMICA ... 87

INFORMACIÓN PEDAGÓGICA, por F. R. A., M. M. P. y otros ... 89

INFORMACIÓN CIENTÍFICA:

El IX Congreso Internacional de Estudios Bizantinos ... 94

Otras notas de información científica ... 95

APULEYO, *El cuento de Cupido y Psyche*, traducción de A. RUIZ DE ELVIRA (en suplemento encuadernado separadamente).

ESTUDIOS CLÁSICOS publica tres números anuales (febrero, mayo y noviembre) que forman cada dos años un volumen de cuatrocientas páginas aproximadamente.

Precios de suscripción:

Juntamente con la revista BORDON ..... *90 pts. anuales*
ESTUDIOS CLASICOS solamente ..... *35 pts anuales*
Número suelto ..... *15 pts.*

REDACCIÓN: SERRANO, 127 MADRID

DISTRIBUCIÓN: LIBRERIA CIENTIFICA MEDINACELI
DUQUE DE MEDINACELI, 4 MADRID

NOTAS DE LA REDACCION

A partir del número actual, ESTUDIOS CLÁSICOS entabla intercambio con la revista española *Helmantica*, editada por la Universidad Pontificia de Salamanca, y la colombiana *Virtud y Letras*, publicada por los Seminarios Claretianos de Filosofía y Teología de Manizales (Caldas).

* * *

En el momento en que escribimos estos párrafos, nada se sabe de la reglamentación pormenorizada aneja a la nueva Ley de Enseñanza Media, excepto que, según una reciente disposición, los exámenes de Grado que deben realizar en el próximo mes de junio los actuales alumnos de séptimo, versarán sobre las mismas materias comprendidas en el examen de Estado tal como venía realizándose.

* * *

Estamos, pues, en espera de las disposiciones que señalen las materias que habrán de ser estudiadas en cada curso y el número de horas semanales de cada una. Entre tanto, la *Revista de Educación*, que merece toda clase de elogios en esta nueva época, ha publicado, en números sucesivos, dos interesantes propuestas de cuadros de asignaturas. En la primera, de Luis Artigas (III 1953, 187-192), se establecen, para el Bachillerato elemental, seis horas semanales de latín en los cursos segundo y tercero, y cinco en el cuarto, de modo que «en los tres cursos del Bachillerato elemental cursará el alumno tantas horas como en los seis años del anterior, con la ventaja, reconocida por todos los profesores, de la clase diaria»; en la opción de Letras del Bachillerato superior aparece el latín con tres horas en quinto y otras tres en sexto, y el griego con cinco y seis horas respectivamente. El número total de horas semanales de clase, ciertamente nada exagerado, asciende, para los seis cursos, a 26, 27, 27, 29, 29 y 29 respectivamente. En conjunto la solución, por lo que toca al latín, nos parece óptima, y en cuanto al griego, supera incluso los modestísimos límites mínimos que en nuestra página 4 marcábamos, de modo que también es, en general, satisfactoria.

* * *

El otro plan, de José M.ª Ortiz de Solórzano (ibid. 224-228), resulta todavía más ambicioso con respecto al latín (seis horas en todos los cuatro cursos del Bachillerato elemental y tres en los dos del superior), pero algo más modesto en cuanto atañe al griego, con cinco horas solamente en quinto y sexto. El total de horas en los seis cursos viene a ser el mismo que en el plan antes citado (27, 27, 28, 28, 29, 29). También esta solución (por cuanto respecta a las lenguas clásicas, pues no podemos entrar aquí en otros extremos discutibles) nos parece aceptable.

* * *

También da su opinión C. Láscaris-Comneno en los comentarios a la Ley de Ordenación de la Enseñanza Media publicada como folletín por el semanario *Juventud*: «hay que suponer que el griego tendrá al menos un curso de clase diaría (y lógicamente los dos) si se quiere que el alumno aprenda algo».

Algo parecido viene a decirse también en el trabajo *Los tipos de Bachillerato: sistemas de estudio*, firmado con una simple E. y publicado (págs. 20-24) en la utilísima *Antología de una doctrina de Enseñanza Media* de la Delegación de Educación Nacional de Zaragoza (1951), que hemos leído con gran interés y mucho fruto. Este trabajo (redactado mucho tiempo hace y, por tanto, no adaptado, como los que antes mencionábamos, a las exigencias de la Ley ya aprobada) habla de un Bachillerato de seis cursos subdividido, en los tres últimos, en dos secciones «clásica» y «realista», la primera de las cuales comprendería tres cursos diarios de latín y otros tres diarios de griego. En el Bachillerato «realista» (denominación, por cierto, no muy afortunada) no habría griego, pero sí tres cursos alternos de latín. En los tres primeros cursos de la Enseñanza media no se cursaría ninguna de las lenguas clásicas.

* * *

Como se ve, parece haber bastantes opiniones concordes en relación con el número de horas que puede permitir una eficacia mínima. Pero, de todos modos, es explicable una cierta curiosidad ante los aún desconocidos planes del Ministerio; y no sólo en este aspecto, sino también en relación con otra singularidad de la Ley que ha hecho notar Láscaris. En efecto, el artículo 82 cita, entre las materias obligatorias para todos los alumnos de quinto y sexto, las Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, añadiendo, para los de Ciencias, Matemáticas y Física, y para los de Letras, las lenguas latina y griega. Según Láscaris, «no parece justo que a los de Letras se les pidan Ciencias Exactas cuando se les permite dejar de lado las matemáticas»: nosotros no emplearíamos exactamente los mismos términos (sufre injusticia aquel a quien se causa un mal; ¿es realmente un grave mal el haber de estudiar una materia más?), pero

sí hacemos notar que, dado el criterio que desgraciadamente impera entre los padres de los alumnos, es de temer que, a la hora de decidirse por una u otra opción, el futuro alumno de Derecho, o aun de Filosofía y Letras, que sabe que los títulos de ambas opciones conceden los mismos derechos y que, en cambio, si elige Letras no «se ahorrará» ni una sola asignatura, acuda a la opción de Ciencias cuyas Matemáticas y Física especiales se fundirán más o menos con las Ciencias Exactas y Físicas comunes a todos. Y entonces, ¿quién estudiará latín y griego? Prácticamente nadie.

* * *

Y no hallamos nada más que reseñar, excepto las usuales lamentaciones de D. José Pemartín (carta dirigida al director de *Ecclesia* y publicada por esta revista el 28-III-1953) sobre el retroceso que las Humanidades concebidas al modo clásico experimentan con el nuevo plan, y un interesante artículo del P. Arturo Cayuela (*Humanidades*, IV 1952, 62-77) donde se analizan las causas del fracaso de los estudios humanísticos en el plan 1938: «Quienes hemos *practicado* el tal método pedagógico no nos llamamos entonces a engaño. Le dimos al recién aparecido Plan el calificativo, no de Bachillerato clásico, sino de Bachillerato *con clásicos*. Es decir, vimos en él a través de sus cuestionarios—en oposición con las orientaciones sensatas de sus líneas directivas—un Bachillerato con tantas y tan extensas asignaturas recargado, que impediría a las disciplinas de concentración ejercer su saludable influencia formativa... Como después no se sintió la preocupación de lo que en la enseñanza humanística es tan esencial como las materias mismas, que es el *método* y el *espíritu* humanístico que los profesores habían de infundir en su enseñanza viva, el fracaso que tantos predijimos se ha venido palpando, y con él, por consecuencia natural, el desprestigio de las tales Humanidades entre el público español.»

* * *

El buen criterio del lector habrá salvado una errata de la pág. 395, línea 3 f., de nuestro primer volumen: se trata, naturalmente, de la revista *Dioniso*.

LOS SISTEMAS DE CALIFICACION EN LA ENSEÑANZA MEDIA (*)

Hace ya varios años que, en la reunión de catedráticos de Latín y Griego celebrada en la Universidad de Verano de Santander, se discutió el tema que encabeza este artículo. Era un punto sobre el que reinaba entonces una decidida discrepancia de opiniones. El plan de Enseñanza Media entonces en vigor había introducido el sistema de la calificación conjunta, cuya aplicación daba lugar a no pocos conflictos dentro de las Juntas calificadoras e incluso a roces entre sus componentes. Tratábase, en efecto, de una innovación que chocaba con inveterados hábitos y arraigadas tradiciones. La práctica demostraba que las condiciones reinantes en los Institutos no eran las más favorables para el funcionamiento suave y sin tropiezos del sistema. Nada tiene, pues, de extraño que muchos profesores le fueran adversos, y en el momento en que escribo estas líneas, queda aún por ver hasta qué punto las autoridades ministeriales se decidirán a mantenerlo en vigor en el nuevo plan. Sin embargo, aun contando con la posibilidad de que las nuevas normas que estamos aguardando den un nuevo giro a la cuestión, no creo inútil repetir aquí algunas de las consideraciones que entonces se hicieron. Después de todo, se trata de uno de estos problemas metodológicos que no suelen resolverse de un plumazo, y sobre los que el debate es siempre

---

(*) Ponencia leída en la Reunión de Catedráticos celebrada en Santander, 1949. Su redacción definitiva es de principios del año actual, antes de ser conocida la vigente ley de Enseñanza Media.

posible. Por otra parte, lo que en Santander hacíamos era no tanto establecer doctrina como contrastar experiencias, y éstas pueden conservar su valor, o de punto de arranque o de término de referencia.

* * *

Conviene puntualizar, ante todo, que la interpretación de los resultados de una experiencia es de por sí una tarea delicada, y expuesta a graves errores de enfoque. En el punto que nos ocupa, las circunstancias perturbadoras han sido tantas, que ellas solas bastarían para explicar el malogro del sistema, en el caso de que nos decidiéramos a dictaminar su fracaso. Veamos sumariamente cuáles han sido éstas, y en qué medida son corregibles.

Ha habido, en primer lugar, una circunstancia por así decir exterior, que ha actuado sobre el profesorado como un factor de inhibición y desánimo: me refiero a la gravísima anomalía de un examen de Estado, efectuado según la mejor tradición del memorismo escolástico, colocado como culminación de un plan de enseñanza que se proponía ser humanístico y formativo. La calificación de fin de curso, única en que intervenía el profesorado, quedaba así relegada a un segundo plano, sin la menor posibilidad de que sus conclusiones se reflejaran en la prueba que, como instancia única, juzgaba el resultado de siete años de estudios. No era éste, en verdad, el clima más apropiado para que prosperara una innovación que, por otra parte, iba en contra de tradiciones profundamente arraigadas. Esperemos que el nuevo plan subsane, en parte por lo menos, este desdichado estado de cosas.

Guardémonos, sin embargo, de echar todas las culpas al examen de Estado: más graves y de más difícil remedio son los obstáculos que proceden de la estructura misma de la Enseñanza Media española. Pues para que sea eficaz un sistema de calificación ha de estar de acuerdo, no sólo con el plan de enseñanza, sino con la composición del profesorado

de los centros. Importa, por tanto, comprobar hasta qué punto el método de la calificación conjunta podía adaptarse sin graves rozamientos con las características de nuestros Institutos.

Si hubiera que citar un rasgo típico de la Enseñanza Media española, yo no vacilaría en elegir el siguiente: la incomunicación entre las distintas disciplinas. Otras características, relacionadas con ésta y que pueden interpretarse diversamente o como causa de ella o como sus consecuencias, serían: una intensa especialización del profesorado; la ausencia de una autoridad técnica que coordine el trabajo de los distintos profesores; la solución de continuidad existente entre la enseñanza primaria y la secundaria; una forma marcadamente «universitaria» de desarrollarse las clases (entendiendo por universitario, en un sentido puramente negativo, el distanciamiento que suele existir entre el profesor y el alumnado). No es mi propósito aquí hacer una crítica de la composición de los Institutos; me limito a enumerar rasgos generales, sobre cuya exactitud no creo puedan caber muchas dudas. Sí diré, aunque sea de paso, que suponiendo que estas circunstancias se juzgaran como defectos (y algunas manifestaciones recientes, hechas por personas de autoridad, parecen indicar que tal es el caso), sería inútil quererlas subsanar por procedimientos sumarios o instrucciones escritas. La situación arranca de muy hondo, y debe considerarse como una consecuencia lógica de los métodos de selección del profesorado y, sobre todo, de su formación en las respectivas facultades. El problema, si acordamos que existe, no puede plantearse más que en el estadio universitario; y al decir esto me refiero ahora a todo lo que atañe a la preparación profesional del personal docente. Desde un punto de vista técnico, o sea pedagógico, no existe en España un problema especial de la Enseñanza Media. Existe sí, y grave, el problema de la función social de la Universidad; el cual se manifiesta en su forma más aguda en la manera como la Universidad prepara a los futuros maestros, que, a fin de

cuentas, no son más que los tentáculos con los que aquélla ejerce su magisterio sobre el cuerpo entero de la nación.

Quede esto apuntado con el solo objeto de prevenir posibles arbitrismos. Y volvamos a las características de los Institutos, consideradas desde el punto de vista de las calificaciones escolares.

El catedrático de Enseñanza Media es, en principio, tan independiente en su cátedra como pueda serlo uno de Facultad. Cada profesor es un técnico, atrincherado en su especialidad respectiva. Ninguno de sus compañeros tiene autoridad para opinar sobre lo que ocurre en el santuario de su aula. El cometido del Director termina en los pasillos. En el aspecto pedagógico (y no olvidemos que estamos hablando de centros de enseñanza), los Institutos son acéfalos. Apresurémonos a decir también ahora (pues el español es pronto de genio y propenso a cortar por lo sano) que no hay que pensar en soluciones rápidas, pues al Director le faltan todos los requisitos, tanto internos como externos, para tener autoridad sobre sus compañeros de claustro. Los externos, porque carece de atribuciones; y de tenerlas, o tomárselas, está falto del suficiente apoyo moral, aunque no sea más que por la posibilidad siempre presente de que un día vuelva a quedar, *en el mismo centro*, como un catedrático más, dependiendo de uno de sus antiguos subordinados. Los internos, porque no posee una categoría académica superior que justifique la atribución de semejantes atribuciones (como ocurre, por ejemplo, con los inspectores de enseñanza primaria con respecto a los maestros). La Dirección de un Instituto no supone un grado en la carrera ascendente de un profesor; queda siempre como un nombramiento, más o menos arbitrario, del Ministerio, con efectos puramente administrativos y de representación.

Si los profesores son independientes unos de otros, y la Dirección no sirve para la función coordinadora de las diversas asignaturas, es evidente que no se dan en nuestros Institutos las condiciones previas para el funcionamiento de

una Junta Calificadora, que actúe como un organismo superior sobre los dictámenes emitidos por los diversos examinadores con el objeto de obtener una valoración completa sobre el alumno sometido a juicio. La calificación conjunta deja, pues, de cumplir con uno de los requisitos señalados antes: estar de acuerdo con la composición de los claustros. Nada tiene de extraño que tantas voces se hayan elevado contra ella, y que su aplicación haya suscitado tantos desencantos.

Queda un segundo punto a considerar: el plan de bachillerato. Lo mismo el que ahora fenece como el que se anuncia para el próximo curso, aspiran a ser formativos; pretenden actuar sobre el carácter de los alumnos, sobre su personalidad moral e intelectual, relegando a un segundo término la instrucción simplemente enciclopédica. Está claro que el fruto de este esfuerzo educativo no puede ser estimado por parcelas o por compartimientos estancos. La madurez alcanzada por cada individuo debe someterse a una deliberación en la que tengan voz y voto todos los que han contribuído a precipitarla. Cada asignatura no es más que un dato parcial, que puede incluso estar en contradicción con otros o con el conjunto de ellos; pues no todas las personalidades se manifiestan del mismo modo, y hay que dejarles un cierto grado de libertad, permitir que hasta cierto punto se desarrollen de acuerdo con sus preferencias. Todos sabemos, además, cuán poco satisfactorias son las cifras para expresar el resultado de un examen; cuánto menos lo serán al tratarse de algo tan complejo como juzgar de la madurez y capacidad total de un alumno. En realidad, lo que debería hacer la Junta de profesores es dictaminar, simplemente, si el estudiante está o no preparado para pasar al curso superior, en bloque y sin la inútil complicación del arrastre de asignaturas. Yo creo que no puede dudarse de que, si se toma en serio el carácter humanístico y formativo del bachillerato, hay que establecer, como su complemento natural, un sistema de calificación por Juntas de profesores y no

por asignaturas aisladas. Conclusión exactamente opuesta a la que deducíamos de la estructura y composición de los cuadros docentes de nuestros centros de enseñanza.

Esta discrepancia nos lleva de la mano a una comprobación, obtenible también por otros caminos, pero que no estará de más repetir aquí: nuestros Institutos están muy mal preparados para impartir una educación humanística o, si se prefiere, formativa. Lo dijimos ya en otra ocasión. Es un error considerar que basta con poner muchos años de Latín, e introducir algunos de Griego para convertir en humanístico un bachillerato. Es este un fin al que deberían cooperar todos los profesores, y no sólo los llamados de «Letras». Entonces sería posible colocar las cosas en su sitio natural, y tratar el Latín y el Griego como lo que en realidad son, un utillaje muy conveniente, por no decir indispensable, para la consecución de un determinado ideal educativo perseguido con plena conciencia. Ahora, en cambio, desconectados del resto de las disciplinas, deben buscar trabajosamente su justificación dentro de sí mismos, alcanzándola esporádicamente gracias a la personalidad del profesor, o quedando sólo como un obstáculo sin sentido, sancionado por la tradición, que se interpone en la carrera académica en pos del «título». De nuevo nos encaramos aquí con el magno problema de la formación, no de los alumnos, sino del profesorado.

Sin embargo, por grandes que sean las dificultades que ofrece su puesta en práctica, no puede pensarse seriamente en abandonar el ideal de un bachillerato formativo; ello equivaldría a renunciar al fruto de todos los esfuerzos realizados en España desde más de un cuarto de siglo. No queda otro recurso, por consiguiente, que admitir, tanto en el funcionamiento del plan mismo, como en la aplicación de las normas relativas a la calificación, un período de resistencias, rozamientos y tanteos, a sabiendas de que no terminará hasta que se haya creado dentro de los claustros un espíritu de colaboración y un criterio homogéneo en el trato y estimación de los alumnos.

* * *

Citábamos al principio, como una de las características de nuestros Institutos, la solución de continuidad existente entre los dos primeros grados de la enseñanza. Los alumnos entran en los centros a los diez años, tal vez no cumplidos; a pesar de lo cual, se ven sometidos al mismo régimen de estudio y exámenes que ha de prevalecer durante todo el curso del bachillerato. El gran salto se da al hacer el ingreso en el Instituto; cuando, o no debería darse salto alguno, o a lo sumo reservarse para el momento de ingresar en un centro profesional. La gradación que los cuestionarios prescriben para los primeros cursos, consiste en un simple escalonamiento de la materia objetiva; pero se da por supuesto que no existe diferencia en los problemas metodológicos. Menos mal que la naturaleza es más fuerte que todos los textos escritos; de hecho, cada profesor efectúa la debida corrección en sus métodos para ajustarlos a las necesidades de los primeros años. En éstos, la cuestión de la madurez se plantea en términos algo distintos que en los siguientes, pues no siempre su falta es imputable a deficiencias de aprovechamiento. Limitándonos al caso del Latín, hay un hecho que facilita la calificación: la conveniencia de aprovechar, en estos años iniciales, la facilidad retentiva de los alumnos para grabar sólidamente en su memoria los elementos de la morfología y un cierto caudal de vocabulario. Esto permite simplificar los exámenes, reduciéndolos a una serie de preguntas aisladas, a cada una de las cuales puede atribuirse un valor numérico. En los cursos avanzados, con la importancia que hay que dar, entre otras cosas, a los distintos valores presentes en una traducción, las cifras son menos adecuadas para expresar un juicio; los elementos de valoración se complican, y los cualitativos predominan sobre los cuantitativos.

La existencia de diferencias de criterio entre los diversos componentes de una Junta es, no hay que decirlo, el principal escollo para el buen funcionamiento de ésta. Estas discrepancias vienen, en parte, determinadas por el distinto carácter de las asignaturas, en parte por la distinta formación

del profesorado (personal facultativo y profesores especiales), y en porción no despreciable por los inevitables factores personales. La primera de estas causas podría tal vez mitigarse reagrupando las materias en fundamentales y accesorias, o bien por la aplicación de un sistema de coeficientes; de adoptarse uno de estos procedimientos, u otro parecido, podría incluirse también la calificación del Dibujo, sacándolo de la anómala situación en que hoy se encuentra en las Juntas calificadoras.

En lo que atañe a las discrepancias de criterio debidas a factores personales, sólo pueden mitigarse a fuerza de comprensión y paciencia mutua. Convendría que cada miembro de la Junta tuviera en cuenta que toda exageración en sus notas, tanto si es por abajo como por arriba, ejerce un efecto altamente perturbador sobre el resto de la calificación.

En el sistema en vigor hasta hoy, el cero queda como último recurso del profesor que, por razones de disciplina u otros motivos poderosos, necesita imponer un suspenso a un alumno determinado. De este modo se asegura la independencia de cada profesor en los casos justificados. El cero posee, pues, un carácter propio, que lo distingue de las demás notas; de cero a uno, no hay la misma diferencia que de cinco a seis. Muchos de los conflictos surgidos en el seno de las Juntas provienen de no querer darse cuenta de esta diferencia de naturaleza. Lo que tal vez sea excesivo, es la repercusión del cero sobre las demás asignaturas de nota inferior a cinco. Una posible solución sería limitar el suspenso a la asignatura en que se ha merecido cero, cuando el promedio total, incluído el cero, fuera superior a cinco.

Los suspensos no crean sólo problemas a los alumnos; también para los profesores son una fuente de conflictos. En disciplinas como el Latín y el Griego (aparte de los primeros cursos), es inútil esperar que el alumno aprenda solo en el verano lo que no ha sido capaz de asimilar durante el curso. Si prescindimos de su función disciplinaria, la eficacia del suspenso es bien exigua. Hablo ahora del suspenso

en junio. En cuanto al de setiembre, a juzgar por mi experiencia por lo menos, es totalmente ineficaz. El arrastre de una asignatura no es otra cosa que un estorbo para el estudio de las del curso siguiente. El plan 1938 mitigaba algo este inconveniente, al limitar a dos las asignaturas que podían llevarse atrasadas. Acaso no fuera desacertado considerar la conveniencia de dar un paso más: o aprobar en setiembre el curso entero, o repetirlo todo. Esta decisión requeriría un examen del caso por la Junta entera, y una gran compenetración entre todos sus componentes. Una solución así daría un valor distinto a las calificaciones de cada una de las dos convocatorias. Un suspenso en la ordinaria significaría la existencia de deficiencias en determinadas asignaturas, subsanables durante el verano. Un suspenso en la convocatoria extraordinaria indicaría una falta de madurez, en cuya apreciación deberían coincidir, por lo menos, los examinadores de las materias fundamentales.

Hasta el año pasado, un problema candente era la exclusión del Griego del examen de Estado. Limitémonos ahora a recordar que esta anomalía bastaba para hacer estéril la gran experiencia intentada de resucitar en España los estudios helénicos. El Griego era un estorbo más que dificultaba la marcha de los Institutos, pues en la práctica eran éstos los únicos centros que lo incluían en sus horarios de estudio.

* * *

Si un diagnóstico acertado es el primer paso para la curación, importa mucho que todos nos demos cuenta de dónde proceden las dificultades que perturban la marcha de nuestras Juntas calificadoras. Tal es lo que intentábamos hacer en las conversaciones de Santander. En estas notas he querido dejar constancia de algunas de las reflexiones que allí hicimos.

E. VALENTÍ FIOL

LISIAS Y SU TIEMPO (1)

Si hay una época de la historia de Grecia y, más concretamente, de Atenas que pueda resultar evocadora, por una cierta razón de afinidad, a los hombres de nuestro tiempo, es el dramático período que sigue al calamitoso final de la guerra del Peloponeso. Período en que, frescas todavía las huellas de una destructiva guerra entre dos imperios rivales, a los males de la ciudad vencida ha venido a unirse una terrible contienda entre los dos bandos que dividen a sus moradores. Epoca agitada, turbulenta, en que, como suele suceder, emergen a la superficie los más vergonzosos sentimientos y las más crudas pasiones, pero en que también aparecen, frente a unos y otras, virtudes insignes que tal vez en otros momentos no habrían encontrado ocasión para hacerse patentes.

Son varios, y aun muchos, los personajes de esta época que merecen atención especial aun hoy día de nosotros; pero, a mi juicio, uno de los más interesantes, y no sólo por su calidad de orador excelente y maestro de la prosa ática, es Lisias, una parte de cuya larga vida está íntimamente entrelazada con los sucesos de aquellos años infaustos para Atenas.

---

(1) El texto que presento a continuación es el original de una conferencia dada por el que suscribe. Esto explica ciertas características menos propias de un artículo que de una exposición oral: algunas repeticiones, excesivo dogmatismo en afirmaciones cuya demostración sería demasiado larga, falta de citas y de bibliografía. Quiero aprovechar este lugar para dejar sentado cuánto deben los párrafos finales a las enseñanzas orales y escritas de mi maestro y amigo D. José Manuel Pabón.

Recuerdo que, una vez, cierto amigo mío apasionado por los temas clásicos me preguntaba perplejo: pero ¿qué clase de hombre era este Demóstenes a quien todos proclaman como impar orador, pero sobre el cual no encuentro, en la abundantísima, casi agobiante bibliografía, dos juicios que concuerden entre sí? ¿Se trata de un cínico demagogo sin escrúpulos o de un héroe que coronó su carrera con el martirio de sus ideales? ¿Fué un ser beneficioso, o funesto para su país? ¿Un estadista genial, o un mal aficionado a la política?

Por entonces preparaba yo un pequeño volumen sobre el gran orador, por lo cual pude muy pronto dar respuesta escrita al atormentado amigo. Allí me esforcé por demostrar, siguiendo sobre todo las huellas del ilustre filólogo Werner Jaeger, que Demóstenes fué un gran orador y, por lo demás, sencillamente un hombre con las mismas virtudes y vicios que los otros; pero un hombre que ha tenido la desgracia de no ser juzgado objetivamente, sino en relación con las tendencias o doctrinas de cada uno de los que han opinado sobre él. Y así, mientras otros grandes autores clásicos gozan del celestial reposo de la gloria indiscutida, Demóstenes, y otro tanto ocurre con Cicerón, se ve obligado a salir frecuentemente del sepulcro para servir, hay que suponer que muy contra su voluntad, de bandera política o de objetivo de interesados ataques también políticos.

Pues bien, algo parecido (aunque en menor escala por tratarse de personaje menos conocido por los no especialistas) ha sucedido últimamente con Lisias. En las primeras páginas del libro de Ferckel de que tendré que hablar, hallamos un resumen de las distintas opiniones expresadas en torno al orador por los filólogos desde hace cosa de un siglo. Yo he tenido la paciencia de irme a cada uno de los libros en cuestión para completar con la lectura entera el ligero resumen dado por Ferckel; y puedo asegurar que se trataría de un trabajo divertido... si no fuera triste, pues, realmente, un repaso de opiniones tan diversas y contradictorias

es capaz de desmoralizar para siempre al más entusiasta creyente en la objetividad histórica.

Allí vemos cómo, de la misma manera que en el caso de Demóstenes, la opinión general de los críticos y editores con respecto a Lisias ha sido favorable, tanto en el aspecto literario como en el humano, hasta 1870. ¿Por qué es este año precisamente el que señala la divisoria entre la aprobación unánime y la división de opiniones en relación con el orador? La respuesta es sencilla: porque el concepto peyorativo acerca de éste comienza cuando la crítica literaria e histórica empieza también a deformarse políticamente en Alemania a raíz de la unificación y hegemonía prusiana. Es la época en que Droysen, el «descubridor», digámoslo así, de la idea helenística, suspende a mano airada, según nos cuenta graciosamente Jaeger, a un desventurado alumno que se atrevió a llamar patriota a Demóstenes, es decir, al gran enemigo de la unidad macedónica de los Argéadas que habría de ser modelo de la unidad prusiana de los Hohenzollern.

Claro está que en el caso de Lisias no existía un motivo tan directo para la aversión de los filólogos alemanes; pero, sin embargo, se trata de un orador demócrata, y esto ha bastado para concitarle las antipatías de un amplio sector de la crítica más autorizada. Sería posible, en efecto, componer una bonita antología de insultos y palabras despectivas reuniendo los testimonios de figuras tan sobresalientes en el campo de la Historia como Wilamowitz, Beloch, Meyer, Wendland y Drerup, para citar únicamente a los más importantes de entre los autores alemanes que se han ocupado de Lisias.

Frente a esta serie imponente de testimonios desfavorables existen, es cierto, otros que nacen de una sincera admiración hacia el orador; y es curioso y significativo que, como en el caso de Demóstenes, estos juicios positivos emanen, o bien de autores alemanes que se han dedicado especialmente al estudio de Lisias, como Rauchenstein, Frohberger y Blass —y es natural que quien consagra su vida a trabajar sobre un autor haya basado su elección en una cierta afinidad espiri-

tual entre el comentarista y el objeto de sus investigaciones—o de filólogos franceses e ingleses, como Perrot, Clerc, Jebb y Cloché. Cada cual ha juzgado, pues, a Lisias no objetivamente, sino desde el punto de vista subjetivo de sus ideas políticas particulares.

Pero donde verdaderamente ha culminado esta oleada de opiniones desfavorables es en un librito publicado en 1937 por Friedrich Ferckel y titulado *Lysias und Athen*. Es una obra que no ha encontrado gran difusión; por lo menos, yo no he visto más que muy pocas críticas, y éstas, salvo una del francés Mathieu, no desfavorables, o mejor dicho, pertenecientes a ese género de reseñas tan frecuente cuyo autor sale del paso con una exposición objetiva de lo dicho en el libro reseñado.

Si esta obra de que hablo fuera deficiente en el aspecto científico, no merecería atención especial, sino que habría que considerarla como un vulgar libelo de finalidad meramente política. Pero Ferckel conoce bien la bibliografía y ha pensado, a veces con fruto, sobre los problemas. Su aportación es, pues, estimable, y ello hace más peligrosa la influencia de su libro partidista. Se trata, en suma, de algo parecido a aquel famoso volumen que Drerup dedicó a Demóstenes en 1916, *Aus einer alten Advokatenrepublik*, pero con la diferencia de que la obra de Drerup se advierte con claridad que está escrita en un clima de psicosis bélica, mientras que la de Ferckel, aunque redactada también en un ambiente políticamente turbio, como es el de la Alemania de 1937, se expresa con mayor frialdad y, por ello, con mayor eficacia a veces en su labor demoledora frente a la figura de Lisias.

Voy, pues, a intentar poner en su punto este problema desquiciado por unos y por otros; pero advertiré de antemano que no me dispongo a hacer un panegírico incondicional de Lisias, o en otras palabras, que no quiero ser solamente un anti-Ferckel. Tan ridículo sería sumarse al coro de detractores como componer, por reacción, un himno a las virtudes de nuestro orador. Tal cosa ocurrió, en la polémica en torno a Demóstenes, con el desorbitado libro de Clemenceau,

que, aparte de los errores disculpables en un profano, contiene una tan exagerada defensa del orador en todos los aspectos, incluso en aquellos en que el crítico imparcial no tiene más remedio que admitir una debilidad o un error de Demóstenes, que el libro no ha convencido a nadie y sólo como curiosidad, y por ser de quien es, sigue citándose alguna vez en obras posteriores. En cambio, la serena discusión de Jaeger ha hecho mucho bien a la memoria de Demóstenes al presentárnoslo en un retrato fiel y exento de toda deformación. Esto es lo que, salvadas las enormes distancias que me separan del autor de *Paideia*, quisiera yo hacer con Lisias estudiando los años más trascendentales de su vida, es decir, aquellos en que estuvo en contacto activo con la política de su tiempo, y caracterizando psicológicamente su actuación de modo que permita formarse una idea clara del orador como persona de carne y hueso sujeta a evoluciones, fluctuaciones y desmayos, tan lejana del vil demagogo embaucador y cínico como del irreprochable campeón de una democracia perfecta.

La primera aparición de Lisias en los textos corresponde, como es sabido, al año 429 o poco después, fecha en que, muerto Céfalo, su padre, el orador y sus dos hermanos abandonan Atenas, donde residía aquél como meteco, y se incorporan a la entonces próspera colonia de Turios. Lisias tiene entonces quince años, suponiendo que podamos considerar el 444 como su fecha natal, lo cual no es seguro.

Sigue un largo período del que no sabemos apenas nada; pero lo poco que las fuentes nos relatan responde muy bien a nuestro concepto sobre el ideario, las cualidades y la vocación de Lisias. Se nos dice que, durante su estancia en la Magna Grecia, el orador interviene en política formando en las filas del bando democrático proateniense; se adiestra en los estudios de Retórica con Tisias y se dedica a los negocios, llegando a vivir últimamente en una gran opulencia. No son, pues, muchos datos, pero sí los suficientes para marcarnos las tres direcciones no opuestas, pero sí más bien dispares que intentará constantemente seguir el orador a lo largo de

su dilatada vida: la política en sentido democrático, con la defensa de unos ideales que indudablemente sintió siempre Lisias; la Retórica al modo gorgiano, tan llena de prestigio por entonces en Atenas, y—¿por qué no?—la práctica de un negocio que, dadas sus grandes dotes mercantiles, le permita vivir con desahogo y cultivar tranquilamente sus aficiones políticas y literarias.

He aquí el programa, tal vez demasiado ambicioso, que Lisias se ha trazado desde su niñez; pero un programa que —y éste es uno de los rasgos más patéticos de la vida del orador—no ha de cumplirse por entero en ninguna de sus partes, como al final diré; pero, en cambio, ha atraído sobre su persona la malevolencia de un extenso sector de la crítica moderna. Pero, ¿por qué concretamente se ha atraído esta malevolencia? Pues quizá no tanto por sus sentimientos democráticos como por sus aptitudes crematísticas. El tipo del literato pobre, adulador de sus Mecenas, o aun del poeta mendicante, siempre ha sido popular y simpático entre los críticos; pero con los escritores ricos ocurre lo contrario. La posteridad perdonará el impudor de Andócides o el cínico desparpajo de Hiponacte, pero el espectáculo de un escritor que gana al mismo tiempo mucho dinero fabricando, como Lisias, camas y escudos, parece constituir, para algunos filólogos tal vez no demasiado opulentos, una verdadera insolencia.

Lisias y su hermano Polemarco llegan a Atenas en el año 411, después de haber sido desterrados de Turios por el partido fiel a Siracusa. La situación que allí encuentran es malísima, pues la ciudad está dominada por la oligarquía de los Cuatrocientos. Pronto, sin embargo, se restablece el régimen democrático y comienza para ambos hermanos una vida tranquila, pero nada brillante. Polemarco se ha casado y no vive ya en el Pireo, junto a la vieja fábrica de Céfalo, sino en Atenas, donde se dedica al estudio de la filosofía. Lisias, por su parte, es probable que se haya sentido en esa época absolutamente insatisfecho.

No tiene más familia que su vieja madre; no puede ac-

tuar en política, como lo ha hecho activamente en Turios, porque su condición de meteco se lo prohibe; y no triunfa con sus trabajos retóricos en que tanta ilusión puso siempre. La *Defensa* de Nicias, que redactó Lisias para ser puesta en boca del desgraciado general, no debió de obtener ningún gran éxito, a juzgar por las escasas calidades estéticas de algún trozo de ella que se conserva; y en cuanto a otros experimentos oratorios, tenemos el *Erótico*, recogido íntegramente en el *Fedro* de Platón, que puede ser una pura ficción de éste, pero que, si es obra auténtica de Lisias, explica bastante bien que el futuro logógrafo no haya destacado en estos trabajos de juventud. A esta circunstancia se une, si hemos de creer a alguno de sus biógrafos antiguos, la competencia de Teodoro de Bizancio, joven impetuoso recién entrado en las lides retóricas con quien Lisias se siente incapaz de luchar.

Y con esto llegamos al 404, el año trágico de Atenas. Lisias tiene entonces cuarenta y, mirando hacia atrás, no encuentra muchos motivos para felicitarse interiormente: una casa vacía de afectos, un arca llena de oro, unos cuantos discursos fríamente acogidos por el público, unos bellos recuerdos de los azarosos tiempos de actuación política en Turios y las ilusiones juveniles que empiezan a marchitarse. Parece que todo ha terminado ya cuando realmente el drama va a comenzar.

Y el comienzo es brutal: no hay nadie que ignore las circunstancias del día fatídico en que, excitada la codicia de los Treinta, recién instalados en el poder, por las riquezas de algunos metecos, organizan la persecución sistemática de éstos e irrumpen, entre otras, en las viviendas de Polemarco y Lisias. Quien haya leído una sola vez el discurso XII de éste, el famoso *Contra Eratóstenes*, no podrá olvidar jamás los acentos apasionados y al mismo tiempo escuetamente objetivos en que relata el orador los acontecimientos del aciago día.

Lisias consigue escapar casi milagrosamente y se dirige a Mégara. Su hermano, menos dichoso, es ejecutado en las

condiciones dramáticas bien conocidas. La fábrica, las casas y los bienes muebles e inmuebles de toda la familia son confiscados y, con ello, el único aspecto satisfactorio de la vida de Lisias hasta entonces, la comodidad y el bienestar material, desaparece, aunque sea en forma temporal. Lisias se ha convertido ahora en un refugiado político que anhela ardientemente la derrota de sus enemigos antidemocráticos y su propio regreso a la ciudad que ha tenido que abandonar.

Tampoco sabemos mucho de las actividades de Lisias durante el tiempo en que hubo de permanecer ausente de Atenas por razones políticas: únicamente se nos dice en la biografía de Pseudo-Plutarco que el orador aportó al ejército combatiente dos mil dracmas y doscientos escudos, persuadio a su amigo Trasideo a donar otros dos talentos y reclutó personalmente, en compañía de Hermón, trescientos mercenarios cuya paga parece que costeó también él de su propio peculio.

Se ve, pues, que Lisias contribuyó de buen grado a la empresa de liberación de su ciudad, aunque no combatiera personalmente, como le han reprochado sus enemigos; pero nadie que considere los hechos sin prejuicios podrá pensar otra cosa sino que, sin duda, a los dirigentes y organizadores del ejército de Trasibulo les interesaba más tener a Lisias dedicado a este género de actividades «de segunda línea» que verle formar como un simple número en las unidades de combate.

Otra cosa que ha provocado perplejidad y dudas en los críticos es que, estando Lisias refugiado en Mégara sin recursos de ninguna clase, le haya sido posible hacer estos importantes dispendios en pro de su causa. El problema está relacionado con otra cuestión que no han dejado de aprovechar algunos de sus biógrafos también en contra de nuestro orador: ya sabemos—y la inscripción que he de citar a continuación nos lo demuestra—que Lisias no figuró en el núcleo inicial de combatientes que, en torno a Trasibulo, se congregó en la plaza fuerte de Phylé; pero queda abierto el problema de si, ya que no en Phylé, estuvo Lisias en el

Pireo durante la época en que, divididos los atenienses en tres grupos—los Treinta en Eleusis, los Diez en Atenas y en el Pireo los demócratas—, se hacían la guerra mutuamente: situación que, según cálculos autorizados, duró varios meses.

Lisias afirma textualmente, en el discurso *Contra Eratóstenes*, «nosotros regresamos al Pireo», y en el *Contra Hipoterses*, «Lisias estuvo en el Pireo» y «Lisias estuvo desterrado con vosotros y regresó con vuestro pueblo». Es inútil que quieran tergiversarse estas manifestaciones para suponer que, como sostiene Ferckel, el orador volvió al Pireo, es cierto, pero cuando la guerra había ya terminado. A mi modo de ver, si se combinan los datos de que hoy disponemos—y es raro que esto no lo haya visto, que yo sepa, nadie todavía—resulta la siguiente sucesión de hechos:

1.º Lisias pasa en Mégara algún tiempo, probablemente el final del verano y el otoño del 404. Seguramente fué una mala época para nuestro orador, que, falto de recursos, abatido y desmoralizado, oiría contar las cosas terribles que sucedían en Atenas y vería cada vez más lejana la posibilidad de recuperar su ciudadanía y su hacienda.

2.º A principios del 403, llegaría a oídos de Lisias la noticia de que el grupo de Trasibulo había conquistado Phylé. Inmediatamente, las esperanzas renacerían. Al orador, aunque lo hubiese deseado, no le habría sido muy fácil trasladarse sin peligro de Mégara a Phylé; pero además, probablemente entró en contacto con agentes demócratas, que le encargaron de reclutar voluntarios en los pueblos del Peloponeso hostiles a Esparta. Debemos suponer que Lisias estuvo por entonces en la Elide, en casa de su amigo Trasideo, y recorrió esta comarca y otras en compañía de Hermón.

3.º Vuelto de nuevo a Mégara—y esto sería en marzo o abril del 403—se entera de que los demócratas han tomado por sorpresa el Pireo. Los Treinta han intentado reconquistarlo, pero sin éxito. Critias y Cármides han muerto. Los demás miembros del gobierno tiránico han sido destituídos por la asamblea. La guerra parece que va a terminar. Pues

bien, entonces es cuando Lisias, puede suponerse con qué emoción y ansiedad, acude al Pireo, donde le espera seguramente su madre y donde se encuentran su casa, la fábrica y todos sus medios de vida.

4.° El panorama que encuentra allí Lisias es desastroso. Su madre está bien, pero la casa ha sido saqueada; los muebles han sido destrozados o confiscados por el gobierno; los esclavos han desaparecido; las existencias de la fábrica habrán servido tal vez para armar al ejército oligárquico frente a los de Phylé; el negocio no funciona ni está en condiciones de funcionar en lo sucesivo. Mientras no se entre en Atenas, mientras no se reorganicen las magistraturas y los tribunales, no hay la menor posibilidad de recuperar nada de lo perdido; y lo peor es que, contra toda esperanza, la guerra va a prolongarse, pues la nueva comisión de los Diez, en vez de concertar en seguida el tratado de paz con los demócratas, se dedica a combatir indistintamente a éstos y a los oligarcas refugiados en Eleusis. Malos tiempos, pues, siguen siendo para Lisias los meses que median entre abril y septiembre del 403. Sin embargo, el futuro orador no se desanima: continúa ayudando a los demócratas y, con los restos de su fortuna y algunos materiales más o menos averiados que quedarían en la fábrica, consigue hacer un modesto donativo de dos mil dracmas y doscientos escudos a los soldados que están asediando Atenas.

Esta es, creo yo, la más lógica hipótesis con respecto a la actitud de Lisias durante la guerra, y no creo que mi fantasía me haya hecho ir demasiado lejos: casi todo lo que acabo de decir tiene su fuente en testimonios antiguos más o menos fidedignos.

Y ahora nos encontramos ya en Atenas y en fecha posterior al famoso 12 de boedromión y a la entrada solemne de los demócratas en la capital. Comienza un nuevo período en la historia ateniense.

Y aquí vamos a entrar en la época más agitada de la vida de Lisias; en una época en que le vemos intervenir frecuentemente en política, moverse, protestar, quejarse, exhibir

sus servicios anteriores, solicitar recompensas. Estos años que van a seguir, y las actividades de Lisias durante ellos, son los que en mayor grado han facilitado los reproches y censuras de los historiadores y biógrafos antidemocráticos.

Yo no quiero hacerles eco, pero tampoco—lo dije antes—me interesa presentar una imagen idealizada de Lisias. Voy a ver si intento poner en claro las cosas desde mi punto de vista.

No cabe duda de que uno de los mayores aciertos de la siempre sagaz política ateniense, en los años que siguieron al fin de la guerra, consistió en confiar el poder no al grupo «químicamente puro», digámoslo así, de los vencedores de Phylé y del Pireo, sino a la eficaz y ponderada minoría de tipo moderado que hallamos representada principalmente por Arquino y Anito. Atenas había sufrido una terrible conmoción y necesitaba lo que cualquier órganismo tan cruelmente desgarrado como lo fué entonces el suyo: reposo, quietud, paz. Lo contrario, una política vengativa y rencorosa ejercida contra miles de ciudadanos por otros miles, era el más seguro método para arruinar el Estado y deshacer la paz social y la armonía a duras penas conquistadas. En este sentido, aquellos moderados dieron un magnífico ejemplo de serenidad y buen gobierno, y si Atenas pudo restablecerse en seguida de la funesta contienda, a ellos se lo debió. ¡Lástima grande que la muerte de Sócrates viniera a ser tremenda mancha en una actuación tan acertada y meritoria!

Ahora bien, es evidente que una acción moderadora y pacificadora tenía por fuerza que producir recelos y resistencias. Y no podía menos de repetirse el espectáculo que con tanta frecuencia han contemplado los siglos a la terminación de las guerras civiles: el del emigrado que, después de haber rumiado su venganza en las largas horas de triste destierro, vuelve a casa para encontrar que las cosas han cambiado y que él no ha entrado al fin en su país como un héroe venerado al que se cubre de honores y recompensas, sino quizá como un estorbo, un idealista anticuado para quien no han pasado en vano los años o los meses transcurridos lejos de

la ciudad. El pueblo está gozoso de vivir, de haber sobrevivido a la terrible matanza; los espíritus están ahitos de sangre, necesitan tranquilidad, alegría, olvido; y el antiguo emigrado, ese residuo de épocas pretéritas que protesta y suspira por una total vuelta al pasado, se convierte en figura antipática y es una fea sombra en un cuadro luminoso.

Pero ¿se puede pedir por ello al emigrado que renuncie a sus ideales y a todos sus principios de vida, que se sacrifique sin resistencia en pro de un nuevo orden que él no comprende? De esto dije también unas palabras en mi librito sobre Demóstenes de que al principio hablaba. Hoy nadie duda de que, en definitiva, la dominación macedónica dió lugar a un esplendoroso período de prosperidad material y cultura espiritual que probablemente no se habría logrado en aquel caos de entecas democracias y pequeñas tiranías que era la Grecia del siglo IV. Pero ¿podríamos haber pedido a Demóstenes que, como un vidente, fuera capaz de erguirse sobre su pueblo y su época para captar unas perspectivas que sólo desde nuestros tiempos podemos ver en su integridad? ¿No obran injustamente quienes le reprochan haber defendido hasta la muerte unos ideales firmemente enraizados en su patria y sin los cuales ni él ni la mayor parte de los atenienses podían concebir una verdadera vida? Evidentemente que sí; y ocurre lo mismo—llevemos las cosas hasta el absurdo para que queden más claras—que si pidiéramos, al ciudadano romano que va a ser degollado por los bárbaros, que muera con la sonrisa en los labios pensando en que la invasión de los pueblos del Norte va a traer a Europa una savia y un vigor nuevos y va a constituir para el Cristianismo una base solidísima que la decadente Roma no puede ya ser.

MANUEL F. GALIANO

(*Continuará.*)

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

RESEÑAS

ESTUDIOS CLÁSICOS *publicará reseñas bibliográficas de todos aquellos libros más o menos relacionados con nuestras materias cuyos autores o editores envíen un ejemplar a la Redacción. Desde luego, el único responsable de los conceptos u opiniones científicas expresadas en las reseñas será el autor de las mismas.*

F. DELLA CORTE: *Da Sarsina a Roma. Ricerche plautine.* Pubblicazioni dell'Istituto Universitario di Magistero. Genova, 1952.

El autor nos anuncia en la Introducción el nobilísimo propósito de prescindir, en el estudio literario de Plauto, de toda crítica conjetural, terreno en que tanto se ha trabajado y tan poco se ha conseguido (en cuanto rara vez se ha llegado a los objetivos propuestos), para atenerse exclusivamente a los datos seguros; éstos son para él la existencia de Plauto y el hecho de que trabajó como autor teatral. Contra esta formulación de della Corte cabe observar que no resulta útil para salir de ese campo conjetural que él quiere dejar atrás; pues si la existencia y la labor de Plauto son datos ciertos, no lo es menos que cualquier ampliación que sobre ellos quiera hacerse entra ya de lleno en la conjetura, a excepción de una sola: la labor que se haga partiendo del hecho (con toda su complejidad) de que las comedias están ahí a nuestros ojos, dato que, unido al de la existencia del copioso trabajo ejercido sobre ellas a lo largo de los siglos, puede suministrarnos un indicio del operante interés que pueden tener para nosotros, aunque no lleguemos a saber con exactitud cuál fué el operante interés que tuvieran para sus espectadores. El autor no supera, por defecto de principio, la deficiencia sobre la que quiere elevarse (y sobre la que vuelve a insistir en su Conclusión, p. 328). Sin embargo, su idea de obtener datos seguros, y vero-

símiles atisbos, sobre la personalidad de Plauto partiendo exclusivamente de los versos de sus comedias, constituye desde luego un considerable acierto de método y garantiza el interés de la investigación. Tanto más cuanto ésta discurre por cauces de notable corrección en cuanto se refiere sobre todo al encuadramiento del autor en su época, cosa que desde luego no es un invento muy reciente («den echten Dichter wird niemand kennen, als wer dessen Zeit kennt» es una afirmación que se lee en *Über Kunst und Altertum*, III, 8, 1822, firmada por Goethe), pero que sin duda sigue teniendo su importancia. Por otra parte, el autor no olvida tampoco que hay un elemento que no depende de la «época» (concebida como conjunto políticosocial), sino del «abito stesso del pallio» (cuya consecuencia principal, que fué la formación de un ambiente favorable a la fantasía, ha sido muy bien observada por Ronconi recientemente); aunque quizá al hablar del público de Plauto della Corte exagera la importancia de su influencia previa como elemento determinante de la creación dramática en el autor, sin duda porque no tiene en cuenta que de un Plauto quizá sea más justo pensar que fué más bien él quien impuso su genio a su público, y no que su público, por muy masa que fuera, le obligara a elegir (ya que esto último parece simplemente la aplicación de una cómoda disculpa al uso para encubrir vaciedad o falta de brío).

El libro es sobre todo valioso por la claridad de sus ideas, la erudición copiosa y al día, y el extenso y discreto análisis de muchas cuestiones de las comedias, con amplio criterio en cuanto a la multiplicidad de modelos e influencias; y lo que más agrada en él es el tono de sugerencia, la ausencia de ese dogmatismo impertinente que tanto abunda por ahí. Y en cuanto el criterio seguido considera de mayor valor que las determinaciones cronológicas la indagación a través de los motivos y de los tipos dramáticos en su interés humano, el libro de della Corte constituye, sin duda, una feliz contribución a las cuestiones plautinas.—ANTONIO RUIZ DE ELVIRA.

IGNACIO ERRANDONEA, S. I.: *El estásimo segundo del «Edipo rey» de Sófocles*. Eva Perón, Universidad Nacional, 1952, 84 págs.

El tercer volumen de la serie «Textos y estudios», publicada por el Instituto de Lenguas Clásicas de la Universidad de la ciudad que hasta hace poco se llamó La Plata (sus predecesores son *La poesía de Lucrecio*, de Disandro, y *El «Edipo rey» de Sófocles*, de Schlesinger), es una bella y cuidadísima monografía de nuestro compatriota el P. Errandonea, que en el ciclo de las investigaciones sofocleas a que hace años viene consagrándose con gran éxito, ha querido tratar esta vez por menudo un tema

tan apasionante como es el de este estásimo tan diversamente interpretado.

El P. Errandonea, como ya había apuntado en su edición de 1930 y en la traducción de 1942, considera que las imprecaciones y quejas entonadas por el coro en el canto de referencia van dirigidas contra Layo y contra el pecado de desmesura —principio de todos los males— que cometió al raptar, en la corte de Pélope, al hijo de éste, Crisipo; y verdaderamente, los argumentos tienen tanto peso, y están expuestos con tal brío y garbo de polemista, que resulta difícil no rendirse a esta tesis, si no segura, muy probable.

¿Quién podría atreverse a poner objeciones a quien, conociendo perfectamente el texto de Sófocles, muestra además un gran dominio de toda la abrumadora bibliografía referente a este pasaje y al poeta en general? Por eso, únicamente con gran timidez sugerimos que la expresión de pág. 29 puede inducir a error: Pohlenz —se dice allí— para acomodar el texto a su tesis «parabásica», «manda suprimir el θεῶν βέλη y sustituirlo por θυμοῦ βέλη (892)». Sin duda a esto se refieren las «contorsiones» de la misma página y el «desconchan el texto» de pág. 35. Sin embargo, Pohlenz no hizo más que eliminar una conjetura de Hermann para acoger la lección de los mss. recientes; y el propio P. Errandonea, en su edición de 1930, da θυμῷ βέλη, con los *veteres* y los escolios, y creo que hace muy bien (el genitivo sonaría así como a hebraísmo), aunque, a mi parecer, su traducción debía suprimir (en dicha ed. y en la de 1942) «[de los dioses]», adición innecesaria y quizá motivada inconscientemente por la otra variante: ya se supone de dónde pueden venir esos tiros.

Tampoco vemos claro que en Píind. *O*. II 39 y sgs. se atribuya a Layo, sino más bien al crimen de Edipo, la muerte de los hijos de éste; en el v. 559 tal vez no quepa ver una interrupción de Creonte desazonado ante las interioridades domésticas en que va a meterse Edipo, sino un simple procedimiento mecánico para no romper la esticomitia; y, en fin, en pág. 55, 7, hay que leer *violandum*.

Nos enorgullece que el P. Errandonea haya dejado en buen lugar nuestro pabellón en la utilísima serie argentina que dirige Schlesinger.—M. F. G.

I. Fernando Cruz: *La cuestión homérica*. Mendoza, Instituto de Lenguas y Literaturas Clásicas, 1952. 84 págs.

El Instituto de Lenguas y Literaturas Clásicas de la Universidad de Cuyo, conocido principalmente por su *Revista de Estudios Clásicos*, inaugura con este volumen, debido a su director —que es al tiempo Rector de aquella Universidad— una serie de «Monografías y Estudios». La idea de publicar pequeñas monografías, que, aunque sin aportaciones propias, recojan el estado de las cuestiones planteadas en los diversos campos de la Filología Clásica, nos parece útil y acertada.

Tal es, en efecto, el propósito del librito que comentamos. Tras una

revisión de los precedentes antiguos, nos relata la historia de la cuestión homérica en tres capítulos dedicados, respectivamente, a «El iluminismo y la reacción historicista», «La crítica en el siglo XIX» y «La crítica en el siglo XX». El mayor mérito del autor está en encuadrar las distintas fases por que atraviesa la famosa «cuestión» dentro de los movimientos espirituales de las épocas respectivas: la escuela analítica, dentro del historicismo y el romanticismo; y la unitaria, de la que el autor se declara partidario decidido, dentro de las ideas propugnadas por Croce, Vossler y otros sobre la obra de arte. En general, el libro da una buena información sobre la posición de los principales defensores de la escuela analítica. Los unitarios, en cambio, están representados casi solamente por Rothe y Van Leeuwen; a Drerup y Scott, por ejemplo, sólo se les menciona.

De otra parte, hemos de hacer notar que apenas se tocan los grandísimos progresos relativos al estilo oral y sus consecuencias (dicción formularia, repeticiones, etc.) y a épica comparada, que han permitido separar claramente la «cuestión épica» de la «cuestión homérica» para mayor progreso de ambas. Ultimamente, incluso, se ha llegado a plantear el problema de la originalidad de Homero en cuanto a estilo y contenido legendario respecto a sus predecesores. Nuestro libro queda, pues, un poco anticuado, lo que en parte se debe a que termina su revisión de la cuestión homérica con el *Homer and Mycenae* de Nilsson (1933), con lo que quedan fuera de su marco nombres como Schadewaldt, Scheliha, Howald, etcétera.—F. R. A.

INFORMACION ACADEMICA

CATEDRAS DE UNIVERSIDAD

Por Orden de 12-I-1953 («B. O.» del 5-II) se concede la excedencia voluntaria al catedrático de *Lengua y Literatura latinas* de la Universidad de Granada, D. Antonio Fontán. Por Orden de 6-II-1953 («B. O.» del 27-III) se anuncia a concurso de traslado la referida Cátedra.

Por Orden de 22-I-1953 («B. O.» del 22-II) se anuncia a concurso (cf. pág. 58) la Cátedra de *Paleografía y Diplomática* de la Universidad de Sevilla: por otra de 20-III («B. O.» del 10-IV) se declara desierto el concurso.

Por Ordenes de 4-II-1953 («B. O.» del 27) son nombrados Catedráticos de las Universidades de Valencia y Murcia (cf. pág. 58) los Dres. Díaz y Díaz y García Calvo.

Por Orden de 15-I-1953 («B. O.» del 1-III) se anuncia un nuevo plazo para la presentación de opositores (cf. I 397) a las Cátedras de *Prehistoria e Historia de España de las Edades Antigua y Media e Historia General de España* (*Antigua y Media*) de Santiago y *Prehistoria e Historia Universal de las Edades Antigua y Media e Historia General de la Cultura* (*Antigua y Media*) de Santiago y Valladolid.

Por Orden de 30-III-1953 («B. O.» del 9-IV) se designa el siguiente Tribunal (cf. pág. 58) para las oposiciones a la Cátedra segunda de *Derecho Romano* de Madrid: Dres. Torres López, Pelsmaeker, Santa Cruz, Espín y Alvarez Suárez, y como suplentes los Dres. Montero, Hernández Tejero, d'Ors, de la Higuera y García Gallo.

CATEDRAS DE INSTITUTO

Por Orden de 7-III-1953 («B. O.» del 6-IV) se declara desierto el concurso (cf. pág. 58) para la Cátedra de *Lengua Latina* de Cabra.

En Orden de 17-IV-1953 («B. O.» del 27) aparece la lista definitiva de los aspirantes a Cátedras de Instituto de *Lengua Griega* y *Lengua Latina* (cf. I 398-399). En la primera de ellas figuran los 51 aspirantes relacionados en I 215-216 menos los cuatro mencionados en I 275 y la Srta. Manso (en total, 46) con derecho a las dieciséis plazas (cf. I 215 y 399) anunciadas; y los Sres. Pallí, Vives, Jimeno, Ariño, Pascual, Alsina, Fidalgo, Casanovas, García Ares, García Sánchez, Gómez Martín, Núñez López, Fonseca, González Pujol y Gandía (15 en total), con derecho solamente a las diez en I 399 citadas. Quedan excluídos de esta última lista los Sres. Machado, Rodríguez González, Vázquez Hernández, Losada, Rey, Delsors y González Bouzas.

En la lista de *Lengua Latina* figuran los 66 aspirantes mencionados en I 215 menos los siete citados en I 275 (en total, 59) con derecho a las dieciocho plazas (cf. I 180 y 399) anunciadas; y los Sres. Vizoso, Matas, Porta, Vergés, Guillamet, Sánchez Alegría, Jódar, Pastor, Domínguez Navamuel, Palacio, López Cañete, Guinot, Sanz Abad, Sánchez García, Navarro, García González, García Larragueta, Arana, Jiménez Rodríguez, Rebagliato, Soler, Albertés, Díaz Castro, Ortega, Torréns, Martí, Martínez Gil, Sanz Sanz, García Alvarez, Verona y González Bardón (31 en total), con derecho solamente a las doce citadas en I 399. Quedan excluídos de esta última lista los Sres. Martínez Figueroa, Fernández Castañón, Golobardes, Otero, Vélez Garrido, Gutiérrez Pons, Griñán, Garcés y Beasiáin.

ADJUNTIAS DE UNIVERSIDAD

Por Orden de 23-I-1953 («B. O.» del 1-III) se convoca concurso-oposición para una plaza de *Lengua y Literatura griegas, Filología griega* e *Introducción a la Lingüística indoeuropea* en la Universidad de Madrid

INFORMACION PEDAGOGICA

EL LATIN EN LA «REVISTA DE EDUCACION»

La *Revista de Educación* viene dedicando en sus últimos números una atención especial al latín y sus problemas pedagógicos. En el número 6 (III 1953, 25-28) publica un artículo del catedrático de Universidad don Manuel C. Díaz titulado *Clásicos y cristianos en la enseñanza de latín*. En él se lamenta del injustificado abandono en que nuestros Centros docentes—Institutos, Universidades y hasta Seminarios—tienen a los autores latinos cristianos por una excesiva polarización de la enseñanza hacia lo clásico. El Sr. Díaz aboga por la lectura de esta clase de textos—Tertuliano, Lactancio, S. Ambrosio, Prudencio, S. Agustín, S. Jerónimo y las Actas de los mártires—en los estudios universitarios: con ello se conseguiría evitar un hiato inexplicable en las relaciones del alumno con las sucesivas culturas de la Antigüedad y la Edad Media; aprovechar las enormes posibilidades críticas que plantea la «Filología cristiana»; obtener una formación humana, con la lectura de estos textos, por lo menos igualmente completa que la lograda con los clásicos, y, en fin, dar un paso necesario en dirección opuesta al exceso de «lastre gramatical» que, con mengua para la Literatura, sobrecarga hoy nuestros programas de clases y de oposiciones. El artículo hace pensar y resulta francamente interesante.

* * *

El núm. 8 (III 1953, 235-241) publica, con el título de *La enseñanza del latín. El profesorado*, el primero de una serie de tres trabajos que dedicará a estos temas el catedrático de Instituto Sr. Hernández Vista. Dicho señor comienza hablando del fracaso del plan hasta ahora vigente, fracaso que, según él, «pesa principalmente sobre las humanidades clásicas, que estaban en su centro». Prescindiendo de otras causas importantes de esta falta de éxito, como la estructura general del plan de estudios y, todavía en mayor grado, la escasez de medios, la insuficiente remuneración de la clase docente, obligada por ello a dispersarse en demasía, la falta de ambiente propicio a las Humanidades, etc., el Sr. Hernández Vista se pregunta si no habrá influído también en esta situación alguna

deficiencia por parte del profesorado correspondiente. Hay que perfeccionar los métodos pedagógicos, pero ello no podrá hacerse bien si no se cuenta con profesores que, por una parte, sientan entusiasmo por su misión y estén convencidos de la trascendencia de ella, pero, al mismo tiempo, sean verdaderos científicos: en el fracaso en cuestión ha cabido no pequeña parte de culpa a ese tipo de «profesores» que, «con la gratuita presunción de que mucha ciencia es obstáculo para buena metodología», carecen de los conocimientos necesarios y, por tanto, nunca podrán enseñar como es debido. Resalta, por último, el autor la íntima relación que, a su parecer, debe haber entre el estudio de la lengua latina y el de la española. Esperamos con curiosidad la continuación de esta acertada serie.

* * *

El mismo Sr. Hernández Vista, con la colaboración del también catedrático de latín Sr. Magariños, ha redactado las preguntas de una *Encuesta sobre la enseñanza del latín en el Bachillerato* que puede hallarse en las páginas 228 y 229 del mismo tomo de la revista citada. Nuestras crónicas preocupaciones por la falta de espacio nos hacen imposible el reproducir íntegramente el texto relativamente largo, que, por otra parte, ha sido publicado en revista muy divulgada; pero ello no obsta para que aconsejemos a nuestros lectores envíen a la *Revista de Educación* sus respuestas, que pueden ser utilísimas para un estudio panorámico de estos complicados problemas.

* * *

Y, por último, también de la mencionada revista, extraemos datos muy curiosos sobre el estudio del latín en diferentes países. Según el trabajo de E. Warleta titulado *El Bachillerato en Hispanoamérica* (págs. 36-40 del tomo citado), en la mayoría de los países hispanoamericanos el latín o no se estudia o aparece insuficientemente representado en los planes de Enseñanza Media: en Argentina se da en los tres cursos del ciclo elemental, pero no en los dos del segundo ciclo (Bachillerato en Letras); en el Brasil, en los cuatro años del gimnasio común a todos y en los tres de la rama clásica del colegio; en Colombia, en el último curso del Bachillerato superior de dos años que sigue al elemental de cuatro; en el Ecuador, cursan latín quienes elijan, de entre las tres especialidades de seis años, la de Humanidades Clásicas; en Guatemala, el latín figura en los cuatro años del Bachillerato, pero con una hora semanal, como el Dibujo, la Educación Física y el Canto, frente a las seis de las demás materias; en Panamá, es asignatura electiva dentro del Bachillerato en Letras, de tres años, que, con el de Ciencias, siguen a un primer ciclo de otros tres; en la R. Dominicana, en el cuarto curso de especialización

en Filosofía y Letras que sigue a tres de estudios comunes, se cursan «Nociones de Latín» con tres horas semanales; en El Salvador, el latín figura en el último curso de los cinco que comprende el Bachillerato; en Venezuela, en fin, el plan es parecido al de la R. Dominicana, sólo que con un año más de estudios comunes, y el latín aparece en el curso de especialización en Filosofía y Letras.

En cuanto al griego, no parece que se curse más que en el Ecuador, y, naturalmente, en forma rudimentaria. En Venezuela, según se deduce de una nota publicada en la pág. 323 del mismo tomo, el griego (o, por lo menos, una asignatura singular que se llamaba «Latín y raíces griegas») figuraba en otros planes anteriores, pero no en el hoy vigente. Podemos decir, en resumen, que no sólo el griego, sino el latín, se hallan en franca regresión al otro lado del Atlántico.

* * *

En cambio, un progreso en la enseñanza de estas materias nos viene de donde menos podríamos imaginar: de la U. R. S. S., según una nota de L. Poltawa que publica la tantas veces citada revista en sus páginas 103-104. Por ella sabemos que «en el nuevo curso escolar, en las treinta y dos Escuelas Medias experimentales, se comenzará el estudio del latín. Esta innovación exige la preparación y edición de manuales de Gramática Latina, de Historia de la Lengua y de la Literatura Latinas y de Metodología de la Enseñanza del Latín en la Escuela Media: labor que pronto va a ser iniciada. Y durante los dos años próximos serán editados los libros de texto. En las Universidades de Moscú, Leningrado, Kiev y Jarkov se empieza ya a preparar estudiantes en Filología Clásica y a adiestrarlos para la futura enseñanza». Añade el Sr. Poltawa que el estudio del latín ha sido instaurado en los tres últimos años de la Escuela Media de diez cursos que prepara para el ingreso en la Universidad.

SOBRE UN ARTICULO DE GIMENEZ CABALLERO

La mejor prueba del interés que ha despertado el artículo que abajo se cita es que, de manera espontánea y absolutamente independiente, dos colaboradores de esta revista han enviado a la redacción de la misma sendas notas que comentan dicho artículo. Se ha decidido publicar las dos para que el mismo lector, conocidos los puntos de vista de ambas y el del propio articulista en sus mutuas coincidencias y divergencias, tenga más elementos de juicio en torno a la cuestión.

* * *

En el número del 28 de mayo último del diario *Ya* de Madrid publica el catedrático y escritor D. Ernesto Giménez Caballero un artículo titu-

lado *El griego, el latín y el español.* Sostiene en él que Grecia y Roma son «la base más profunda y mística de lo español», base que no se puede dejar perder. «Pero si queremos que nuestras juventudes—continúa—asienten su base firme sobre esa base, comencemos por no aplastarles sus tiernos pies con un volquete de pedruscos gramaticales.» Esta es la sustancia del artículo, que viene a ser un alegato a favor de enlazar el estudio de las lenguas clásicas con el espíritu de las culturas antiguas y de desligarlo, al menos en sus fases iniciales, de la Gramática. «Porque el lenguaje es espíritu, y la Gramática, vieja carpintería», dice.

No queremos dejar pasar este interesante artículo sin un breve comentario. La tesis del autor de que es necesario llegar a las partes aún vivas de la cultura griega es indiscutible; asimismo, algunos de sus juicios sobre metodología—como el de que debería comenzarse la enseñanza del latín con textos religiosos y medievales—merecen ser discutidos y tomados en consideración. Tememos, sin embargo, que la ojeriza contra la Gramática—de la que indudablemente a veces se abusa—sea excesiva. Sin un mínimo de Gramática, hoy que ni el latín ni menos el griego pueden aprenderse como lenguas habladas, es imposible llegar a conocer estas lenguas; y aunque se pudiera, eliminar de la enseñanza de las lenguas clásicas todo elemento racional y analítico, aplicándolas una especie de método Berlitz, sería quitarles todo significado en la educación intelectual. Por lo demás, está claro que no se puede: la sintaxis del francés o el inglés son en lo esencial iguales a la del español, y la del latín y el griego diferentes en lo esencial. Y si la gramática-carpintería (que el Sr. Giménez Caballero parece admitir en un estudio ya avanzado, a juzgar por su elogio del Crouzet) se limita a lo indispensable, añadiendo con discreción alguna explicación de esa otra Gramática que no es carpintería y que naturalmente también existe; si, de otra parte, todo esto se combina simultáneamente con la traducción y la penetración en lo que significan los autores y la cultura estudiados—parte esta última con frecuencia descuidada, y en esto damos toda la razón al Sr. Giménez Caballero—, creemos que todo ello puede conciliarse en un justo medio. En lo que al griego respecta, el hincapié hecho en el artículo sobre la Mitología y la Etimología habría que extenderlo, claro está, a otras zonas del estudio del griego tan importantes como éstas. Y para terminar, una observación sobre la enseñanza del español. Nuestro autor se queja de que apenas se vaya «al hecho prodigioso del texto vivo», lo cual es verdad en muchos casos y verdaderamente incomprensible. Pero es dudoso que de ello tenga la culpa la Gramática: «Gramática y más Gramática. Carpintería y más carpintería», dice. Precisamente muchos profesores de latín se quejan de la falta de una preparación de Gramática elemental española que facilite a los alumnos el estudio del latín. También aquí convendría buscar el justo medio entre Gramática, Histo-

ría literaria (que es la que lleva hoy la parte del león), comentario de textos y... redacción española.—F. R. A.

* * *

Giménez Caballero escribe en *Ya*, para el gran público, sobre *El griego, el latín y el español* (28 mayo 1953, págs. 5 y 6). Artículo no técnico, sino inflamado, con pasión casi poética. Para G. C. el griego de Bachillerato debe enfocarse, nada menos, a «resolver el problema de la vida espiritual» del alumno, con una infusión de espíritu helénico, y «el de su vida práctica» con una capacitación «simultánea» para la inteligencia del lenguaje técnico. De una parte, el divino Platón; de otra, los acantopterigios, la oligofrenia y la polaquiuria; todo ello al mismo tiempo y con poca o ninguna gramática.

El latín debe empezarse «¡no por oraciones gramaticales!, sino por oraciones a Dios»; después, ayudar a «entender la santa misa»; luego el *Flos Sanctorum*, con otras lecturas bajolatinas; más tarde, cauta iniciación en el latín pagano; por último, el discípulo, en quien se habrá despertado el «ansia latina», buscará por sí mismo el saber gramatical.

G. C. lanza sus dardos contra la «carpintería gramatical», los «volquetes de pedruscos gramaticales». Parece no concebir otra gramática que la normativa (él dice «regulista») y casuística. Pero esto son lanzadas a moro muerto; muerto en Las Navas o en el Salado, pues ningún docente actual, que en algo se estime, la profesa. Ni entendemos cómo puede iniciarse en latín y griego sin gramática, a no ser leyendo traducciones. Dice G. C. que no sabe gran cosa de estas disciplinas, porque las estudió tarde y sin ayuda; culpa de ello no sólo a los malos métodos, sino a pésimos profesores; de ellos uno, el de latín, maltrataba de palabra y de obra a los discípulos; pide al final un latín libre de estas sevicias, con lo que hace pensar que cree que subsisten, y aun que son algo más que aberración aislada. Ni la justicia de la imputación, ni su efecto edificante sobre el gran público ignaro que odia el latín, requieren glosa.

Por último, como si se tratara de una polémica entre picassianos y *pompiers*, expresa su confianza en la acción renovadora de un profesorado joven, siempre que no esté atado por cuestionarios ni otra suerte de trabas.

No invita al optimismo ver a una figura conocida, oficial, responsable, sumarse a las filas de un arbitrismo facilón y popular. Con todo, recogemos una nota laudable: su repudio del «latín-castellano», iniciativa muy traída y llevada en lenguas.—M. M. P.

INFORMACION CIENTIFICA

EL IX CONGRESO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS BIZANTINOS

Del 12 al 19 de abril ha tenido lugar en Salónica el IX Congreso Internacional de Estudios Bizantinos, en cuyas tareas participaron cerca de cuatrocientos congresistas. El Congreso (cf. nuestra pág. 44) ha resultado un éxito de organización y se ha caracterizado por el gran número de comunicaciones presentadas, muchas de ellas de gran interés; al llegar los congresistas les fué entregada ya impresa la colección de resúmenes de las comunicaciones, lo que resultó muy útil y merece ser adoptado como norma general en los Congresos.

Funcionaron simultáneamente las siguientes Secciones: Arqueología, Derecho, Folklore, Historia, Literatura Bizantina, Literatura Postbizantina y Teología. A propósito de algunas comunicaciones hubo discusiones y cambios de opinión entre los congresistas, estando particularmente concurridas las secciones de Historia y Arqueología. Salvo raras excepciones, asistieron al Congreso casi todos los más destacados representantes de la Bizantinología mundial (Dölger, Vasiliev, Lavagnini, Lemerle, Dain, Grégoire, Runciman, Orlandos, Kukulés, etc.).

La sesión de apertura estuvo presidida por el Rey de Grecia, lo que demuestra el gran interés que en aquel país despertó el Congreso, cuyos participantes fueron colmados de atenciones, celebrándose varios actos en su honor, así como una exposición de libros sobre temas bizantinos y una excursión a Castoria y otra al Monte Atos a partir del día 20. El Presidente del Congreso fué el profesor Kyriakides, y el Secretario, el profesor Zepos; ambos de la Universidad de Salónica, hermosa ciudad llena de recuerdos bizantinos y en la cual aún se puede oír hablar el judeoespañol de los sefarditas, bien que muy reducidos en número.

La representación española estuvo a cargo de los Sres. Cirac, Adrados y Palol, que presentaron varias comunicaciones: el primero sobre «Repercusión en España de la toma de Constantinopla» y «La argumentación de Raimundo Lulio contra los griegos ortodoxos»; el segundo sobre «Una redacción bizantina de las fábulas esópicas»; y el tercero sobre

«La ocupación bizantina de la Península Ibérica y su influencia en el arte hispanovisigodo».

El próximo Congreso de Estudios Bizantinos ha sido fijado para 1955 en Constantinopla.

OTRAS NOTAS DE INFORMACION CIENTIFICA

En los días 27 y 28 de marzo de 1953 pronunció con éxito dos conferencias en el Instituto «Antonio de Nebrija» el prof. C. van Deyck, titular de Literatura románica en la Universidad de Amberes y Secretario del Comité del Diccionario Internacional de Latín Medieval.

* * *

Durante la segunda quincena de abril hemos tenido entre nosotros al ilustre filólogo Friedrich Klingner, profesor numerario de Filología latina de la Universidad de Munich. Pronunció tres conferencias: la primera, en la sala del Instituto de Estudios Jurídicos, sobre *Horacio: una nueva interpretación*, en la que con penetrante enfoque nos hizo ver todo lo que hay de grande y de íntimo en la aparente limitación de objetivos del *ne quid nimis*, grandeza simbolizada, sobre todo, en la misión reveladora y religiosa atribuída por Horacio al poeta. La segunda, pronunciada en la Facultad de Ciencias Políticas, versó sobre *El concepto de justicia en la Antigüedad*. Y la tercera, en la Facultad de Filosofía y Letras, sobre *Una nueva interpretación de Tácito* (*«Ann.» XIII 1-2*), admirable estudio de estilística, demostración cabal de cómo puede la estilística iluminar el contenido artístico y conceptual de las obras. Pero aún más que sus conferencias nos han encantado, como hizo notar don José Vallejo al hacer la presentación del conferenciante, sus egregias dotes humanas: su simpatía, su modestia, su interés siempre despierto y el sentido de misión, de comunicación espiritual y afectiva que ha informado su visita, son cosas que no olvidaremos con facilidad.

* * *

En los días 19 y 20 de mayo pasado, el prof. F. A. Festugière, O. P., Director de Estudios de la Escuela de Altos Estudios de París, bien conocido por sus magníficos trabajos sobre historia del pensamiento antiguo y medieval, ha pronunciado en la Universidad de Madrid dos bellas conferencias tituladas *La unión al Dios cósmico* y *La unión al Dios desconocido*.

* * *

El profesor Fernández-Galiano, de la misma Universidad, ha realizado, durante los pasados meses de abril y mayo, un viaje de estudios e inter-

cambio cultural por el Norte y centro de Italia. En el transcurso de este viaje, invitado por los organismos respectivos, ha tenido ocasión de pronunciar conferencias sobre temas filológicos y humanísticos en las Universidades de Génova, Milán (Associazione Italiana di Cultura Classica), Pavía (Collegio Ghislieri) y Roma; en el Istituto di Studi Romani de Milán y en el Instituto Español de Lengua y Literatura de Roma. El viaje en cuestión, que comprendía también un plan de estudio y acopio de materiales para el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, puede haber servido, esperamos, para hacer más firmes y duraderos los lazos entre los círculos filológicos y lingüísticos de los dos países latinos.

* * *

Otro de nuestros ilustres visitantes durante la actual primavera ha sido el conocido filólogo e historiador francés profesor J. Carcopino, del Instituto de Francia, que en la Real Academia de la Historia, de que es correspondiente, leyó, el 22-V-1953, una comunicación interesantísima sobre el tema *El tratado del Ebro y la segunda guerra púnica* y pronunció, el 29 del mismo mes, una conferencia sobre *La obra y el genio de Adriano*.

* * *

Como continuación de los coloquios del 1951 en Royaumont y Sèvres (cf. nuestra pág. I 296), durante los días 12 a 16 de octubre de 1952 se ha celebrado en Duisburg una nueva reunión de profesores e investigadores franceses y alemanes. En ella se dedicó una sesión especial a la figura de Virgilio desde los puntos de vista de la influencia literaria y de la enseñanza. El resto de los debates se consagró a temas esencialmente pedagógicos. Se espera poder organizar un nuevo coloquio en Francia para el año actual.

* * *

Se anuncia la celebración en Salamanca, del 5 al 25 de agosto venidero, del VI Curso de Humanidades Clásicas, organizado por la Pontificia Universidad Eclesiástica de dicha ciudad y destinado a los profesores de Seminarios y Centros religiosos de estudios. Se anuncian lecciones y conferencias de los PP. Blanco García, Campos, Guillén, Huerga y Turrado y de los Sres. Canellas, Castresana, Laínez Alcalá, Rodríguez Adrados, Sánchez Ruipérez y Tovar.

* * *

El V Congreso de la Asociación «Guillaume Budé», cuyo programa sigue siendo poco más o menos el que dábamos en pág. 44, se celebrará

no en los días 31 de agosto a 6 de septiembre, como allí se decía, sino 3 a 9 de septiembre de 1953.

Hay en perspectiva otras importantes reuniones científicas que afectan a nuestra esfera de intereses. En los días 27 a 31 de mayo de 1953 se desarrollará en Berlín occidental un Congreso de filólogos clásicos titulado «Die Antike und Europa» y dedicado especialmente a estudiar las relaciones entre la Antigüedad y el mundo de hoy. En una primera sección, que estudiará cuestiones humanísticas o relacionadas con la fortuna ulterior de los textos clásicos, disertarán, entre otros, los profesores Regenbogen (Heidelberg), Alfonsi (Catania), Davison (Leeds), Altheim (Berlín), Durry (París) y Kranz (Bonn). Las secciones segunda y tercera estarán consagradas al estudio de diversos temas pedagógicos.

Finalmente, los activos círculos filológicos e históricos de Milán han organizado, para los días 7 a 15 de septiembre próximos, una «Settimana milanese della Cultura Classica» compuesta por un Congreso internacional de Lingüística preparado por el prof. Pisani; una asamblea nacional de la «Associazione Italiana di Cultura Classica» a que tuvimos ocasión de referirnos por primera vez en I 391-392; dos reuniones de Arqueología organizadas por los profesores Pallottino y Laurenzi, y unos «Incontri di studi classici» organizados por la referida «Associazione».

* * *

Por cierto que el órgano de esta última, *Atene e Roma*, que también allí citábamos, ha dedicado íntegramente su número 6 (II 1952, 201-248) a honrar con varios interesantes artículos (cf. nuestra pág. I 388) la memoria de Giorgio Pasquali, tan merecidamente llorado no sólo por los italianos, sino por toda la Filología mundial.

* * *

La más importante de las noticias que hoy podemos dar en relación con las revistas científicas es la reaparición, con el fascículo 1 del año CCVII que publican Vandenhoeck y Ruprecht, de los venerables *Göttingischen Gelehrten Anzeigen*, que tanto han contribuído, desde hace dos siglos, al progreso de nuestros estudios.

Es de notar también el comienzo de la publicación de unos *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia della Università di Napoli* que, a juzgar por su primer volumen, van a consagrar una buena parte de sus páginas a la Filología clásica. En este año ha visto también la luz el fascículo primero del tomo primero de *Studi Romani*, nueva publicación bimestral del Istituto di Studi Romani. *Latinitas*, cuya aparición anunciábamos en página 45, ha lanzado ya con gran puntualidad dos fascículos, y la Universidad de Catania se dispone a editar una nueva revista de Humanidades llamada *Orpheus*.

En cambió, las noticias de otras publicaciones italianas no son tan halagüeñas. Los recientes fallecimientos de Pasquali y Taccone afectarán quizá gravemente a la continuación de revistas tan antiguas como *Studi Italiani di Filologia Classica* e *Il Mondo Classico*. Ha desaparecido desde el año 1951 *Doxa*, que pudo ser un buen boletín de información bibliográfica; las *Ricerche linguistiche*, que dirige el profesor Bardi, llevan mucho retraso en su aparición, y *Antiquitas* se publica difícilmente con gran irregularidad. Todo ello es producto, sin duda, de la excesiva proliferación de revistas habida durante los últimos años en Italia.

* * *

Sentimos infinitamente tener que comunicar a nuestros lectores la temprana e inesperada muerte de Benito Gaya Nuño, catedrático de lengua griega del Instituto de Soria y personalidad bien conocida en el campo internacional por sus estudios sobre los textos pregriegos de Creta y la península helénica. Lamentamos también que, por diversas circunstancias, no nos haya sido posible publicar en este número la correspondiente necrología, pero prometemos ocuparnos en el próximo, como es debido, de este joven sabio español cuya desaparición no podrá menos de ser llorada por todos cuantos se dedican a este género de materias.

* * *

Como en otras ocasiones, damos los extremos más importantes del índice del último volumen de *Emerita* (XX 1952, 1), publicado recientemente.

M. Grant, *A Capricorn on Hadrian's Coinage* (1-7). Se trata de un quinario de Hadriano que seguramente conmemora el 15.º aniversario de la nueva era iniciada el año 27 a. J. C.

M. Sánchez Ruipérez, *Desinencias medias primarias indoeuropeas sg. 1.ª *-(m)ai, 2.ª *-soi, 3.ª *-(t)oi, pl. 3.ª *-ntoi* (8-31). El autor desarrolla con gran solidez y acopio de datos esta tesis revolucionaria, pero muy verosímil en sí.

J. Sánchez Lasso de la Vega, *Sobre la etimología de* ΛΥΣΣΑ (32-41). Se niega la relación con λύκος y se dan, en cambio, poderosos argumentos, siguiendo a Lagercrantz, para un entronque con λευκός, etc.

E. Paratore, *Sul problema dell' identificazione di Ligdamo con Ovidio* (42-77). Se excluye la posibilidad de una identificación de dicho poeta ni con Ovidio ni tampoco con Tibulo.

A. Magariños, *Problemas de la oda I 12 de Horacio* (78-92). La fecha probable es el año 23, posiblemente las ferias latinas, del mismo. *Lucis* en el verso final alude con desprecio al asilo de Rómulo.

Idem, *Horacio C. I 16, 11-12* (93). Referencia a Júpiter Καταιβάτης.

Idem, *Cicerón «Ad Atticum»*, II 9, 2 (94). No debe sustituirse *an* por *ne*.

D. NORBERG, *Le quatrième livre des Odes d'Horace* (95-107). Forma un monumento a la *Pax Augustea*.

I. ERRANDONEA, S. I., *El estásimo cuarto de «Antígona»* (108-121). No es un canto de consuelo con alusiones al pasado, sino una profecía velada sobre la suerte de Antígona y Hemón y la de Creonte y Eurídice.

A. PARIENTE, *Más sobre «prosperus»* (122-132). Propone *prosperque* en vez de *prospereque* en Plauto *Amph.* 463 y *Pseud.* 574.

A. GARCÍA CALVO, *Crítica y anticrítica* (133-152). El autor propone nuevas interpretaciones, que no requieran correcciones o condenas hipercríticas, para Eurip. *Alc.* 230, *Bac.* 326 y sigs. y *Bac.* 997-1.011.

L. MICHELENA, *¿Un aoristo sigmático indoeuropeo en la pátera ibérica de Tivisa?* (153-160). Se trata de *girsto* o *kirsto*, que podría pertenecer a la raíz de ai. *karoti*, etc., y significar «hizo».

A. GARCÍA CALVO, *Oboriuntur* (161-163). Nota a Plauto *St.* 165. Con una objeción al pie de A. Pariente.

J. VALLEJO, *Sobre las frases condicionales latinas* (164-170). Acerca de un punto del tratado publicado recientemente por Ernout y Thomas.

Idem, *A propósito de una inscripción ibérica de Ibiza* (170-171). Contestando a una objeción del prof. Lamboglia.

Además, reseñas de libros, índice de revistas, una nota de J. M.ª de Navascués sobre el último congreso epigráfico, otra de M. F. Galiano sobre el de Papirología, otra anónima sobre el de Lingüística, sumario de los artículos en inglés, lista de libros recibidos, etc.

* * *

El gobierno búlgaro ha concedido la mayor distinción científica del país, el premio Dimitrov, al académico y profesor de la Universidad de Sofia, Vladimir Georgiev, que, desde hace unos años, viene sobresaliendo de manera eminente en las cuestiones relativas a la Lingüística preindoeuropea y protoindoeuropea. Por su parte, la Srta. Claire Préaux, de la Universidad de Bruselas, bien conocida por sus estudios sobre papirología griega, ha obtenido en el presente año el premio Francqui, que, aparte de su gran valor intrínseco, lleva consigo, si se exceptúa el Nobel, la concesión de la más importante suma que en el mundo de hoy se destina a premiar—en este caso con toda justicia—la labor de un erudito considerada en conjunto. Y añadiremos, por último, poniendo en estas líneas el mucho afecto que una ya larga convivencia nos inspira, la concesión de uno de los premios de la fundación Carrier, de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París, al libro de Jean Mallon titulado *Paléographie romaine*, a que nos referimos ya en I 384.

* * *

El Premio Internacional de Poesía Latina de Amsterdam para el año 1952 ha sido concedido al prof. G. Lopito, del liceo «Maurolico» de Messina, por su poema en 380 hexámetros *Post Forum Appii*.

* * *

Representa un ensayo interesante el efectuado por el Ateneo de Madrid, que acaba de ofrecer en representación especial una versión española del *Prometeo encadenado* precedida de unas notas explicativas del catedrático de aquella Universidad D. José Manuel Pabón. La obra, en cuyo montaje se empleó, por primera vez en España, el escenario circular con público en torno a toda la escena, obtuvo un gran éxito en cuanto a la labor de intérpretes y adaptador.